

los mejores puestos al lado del mismo. S. Pedro va á negarle ; Judas le hará traicion ; ¡ ved que clase de hombres le rodean ! ¿ Con qué inefable mansedumbre los reprende y corrige sus defectos ! Estimados discípulos de nuestro buen Salvador, vosotros seréis elegidos y predestinados, sólo perecerá el traidor, aunque no le habrán faltado amorosas advertencias y suaves invitaciones al arrepentimiento... ¿ Qué ejemplo, hermanos carísimos, podría enseñarnos mejor á soportar los defectos de nuestro prójimo ? ¿ Y por ventura no tenemos todos nuestros defectos, como os decía antes ? ¡ Vaya ! si los tenemos ; y si la Caridad vive en nosotros soportaremos los de los demás y aun excusaremos, como deseamos que se nos excuse y se oporte los nuestros. Felices seríamos, si por medio de esta indulgencia, fundada en la Caridad, pudiésemos ganar para Dios el alma de nuestro prójimo. ¿ Y por qué no ?... Eso ha sucedido, y se realizará sin duda en adelante, porque, gracias á Dios, no faltan todavía en muchas partes almas generosas, que están animadas de verdadera caridad para con el prójimo.

PERORACION. — Si eso se ha visto y ha sucedido ; y me afirmo en ello. Y sino, ahrid *la vida de los santos*, y á cada paso hallaréis ejemplos de esta verdad, y entre muchos que podría citaros, me contentaré con referiros uno solo... pero ¿ uno solo ?... no sería suficiente. Mirad á sta. Mónica, la que obtuvo la conversion de su esposo colérico y pagano... Considerad á Sta. Isabel, reina de Portugal, pidiendo á Dios la conversion del rey Dionisio, su esposo, reclamando á lo menos una muerte cristiana para este hombre celoso y mereciendo ser escuchada por Dios. Digamos tambien que S. Francisco de Sales obtuvo con su mansedumbre la conversion de un calumniador... De buena gana le diría yo al santo : cosa dura es el perdonar á los que os ultrajan y derraman en cuanto es de su parte la injuria y la calumnia sobre vos. Pero ya sé, que el me contestaría y diría : que es cosa hermosa imitar al divino Salvador y el ser, como El, manso, indulgente y fácil en perdonar... ¡ Pobre prójimo, añadiría el santo con su corazon tan bondadoso, cuán caro debe sernos, pues Jesucristo le ha amado tanto ! Despues me presentaría á sus enemigos y calumniadores,

y á aquellos hombres, cuyas injurias soportó con tan admirable paciencia, vencidos por su mansedumbre, y viniendo á arrodillarse á sus piés, para recabar la absolucion de sus pecados.<sup>1</sup> O amable santo, ¡ cuántas almas ganasteis para Dios con esa inefable dulzura, que tanto os caracteriza ! ¡ Ojalá que todos supiésemos imitaros, amando á nuestro prójimo con el mas tierno amor, perdonando á nuestros enemigos, dando á todos ejemplo de union y concordia, soportando con mansedumbre los defectos y flaquezas de los que nos rodean ; y logrando por último dejar, como vos, acá en la tierra una memoria digna de bendicion, y sobre todo ser colocados á vuestro lado allá en el cielo... Así sea...

## DECIMA OCTAVA INSTRUCCION.

### PRIMER MANDAMIENTO.

#### DÉCIMA SEXTA INSTRUCCION.

LA CARIDAD PARA CON EL PROJIMO MODERA NUESTRAS CONVERSACIONES ; ELLA NOS INSPIRA LA MODESTIA, Y NOS PRESERVA DE LA VANIDAD.

TEXTO. — *Super omnia autem charitatem habete, quod est vinculum perfectionis.* Mas sobre todo tened caridad, que es vínculo de perfeccion.

(EPIST. AD COLOSS. III, 14).

EXORDIO. — Hermanos carísimos, ¿ os ha sucedido alguna vez, viajando, tener que recorrer una senda toda salpicada de colinas ?... El camino os sería sin duda agradable, y sin dejar de querer llegar al término propuesto, habriais deseado de algun modo que

1. Véase la vida del Santo, y el Espiritu de S. Francisco de Sales por el Obispo de Belly.

una nueva colina prolongase los atractivos de la ruta... En muy parecida situacion me hallo yo esta mañana... ¡ Cuánto me placia hablaros de esta soberana virtud de la Caridad !... Así es que casi con cierta especie de disgusto me veía llegado al término de nuestro viaje y obligado á hablaros de otro asunto, que no deja por esto de ser muy interesante ; cual es la virtud de la Religion.

Mas la santa ruta de la Caridad es infinita, porque para en Dios Hablemos, pues, de ella una vez mas. Todavía no os he referido todo lo que S. Pablo nos dice de esta sublime virtud, de la que hace el mas bello elogio. Escuchad pues. No contento de haber dicho que sin caridad el mismo, con ser un predicador tan elocuente y un apóstol tan lleno de celo, no sería mas que una campana que retiñe, añade : « La Caridad es paciente, mansa y benigna ; la caridad no es envidiosa, ni temeraria, ni obra con precipitacion. No es tampoco ambiciosa, ni busca su propio interés, ni se irrita, ni se enoja contra nadie, ni siquiera piensa mal. La caridad no se goza del mal que hacen los demás, aunque fuesen éstos enemigos nuestros ; antes por el contrario tiene sus delicias en ver el triunfo de la verdad y de la virtud. »

¿ Será preciso completar el elogio de la Caridad y continuar para esto citándoos al Apóstol ? Pues bien, añadiré con el mismo S. Pablo que ella lo soporta todo, que cree fácilmente lo bueno, que no desespera de la salvacion de nadie y que sufriría, si fuese menester, todo género de persecuciones <sup>1</sup>. Cesarán las profecías, perecerá la ciencia, se acabará el don de milagros y tendrá fin el conocimiento de las santas Escrituras ; la caridad, empero, permanecerá. Todo, hasta la hermosa virtud de la Fé, por la cual creemos lo que Dios nos ha revelado, la misma virtud de la Esperanza, á pesar de ser un don tan precioso y una aurora de consuelo, que nos hace esperar con firmeza la felicidad que Dios nos ha prometido, todo esto, repito, es nada en faz de la Caridad ; porque, como nos dice el mismo Apóstol, la Fé y la Esperanza perecerán ; la Caridad, empero, nunca perece. « Charitas numquam excidit. »

1. I Corinth. XIII, 4 y siguientes.

PROPOSICION. — ¿ Qué mas podría deciros sobre la Caridad ? Sería preciso explicaros toda la religion por completo, para deciros todo lo que encierra esta excelente virtud, pues, como ya os tengo dicho, ella lo comprende realmente todo. Amar á Dios por sí mismo y al prójimo por amor de Dios, en esto precisamente estriba la verdadera santidad, la perfeccion consumada y el cumplimiento de toda la Ley. Completando, pues, mis explicaciones sobre la Caridad del prójimo, voy á descender en algunos detalles prácticos, que me sería difícil hacer entrar en las instrucciones siguientes.

DIVISION. — Os manifestaré, pues, primeramente ; que la caridad modera nuestras conversaciones, haciéndolas dulces, amables é indulgentes para con el prójimo : *En segundo lugar* : Ella nos inspira la modestia, ó si os place mas, nos preserva del orgullo y de la vanidad, vicios, que encierran siempre cierta desestima del prójimo.

*Primera parte.* — Comienzo por hablar de las conversaciones... Conviene mucho, hermanos carísimos, que ellas estén impregnadas de caridad, para que con las mismas podamos contribuir á mantener y cimentar este amor mútuo, esta unión que debe reinar entre verdaderos cristianos. Para daros un ejemplo de cuales deben ser nuestras conversaciones, me traslado con la imaginacion á aquella pobre cueva, en donde S. Antonio Abad encontró á S. Pablo primer hermitano <sup>1</sup>. Póngome á escuchar su conversacion y paréceme oirla tal como nos la ha transmitido S. Jerónimo... S. Pablo, hermitaño, á pesar de que hace mas de sesenta años, que no ha visto ni tratado á persona humana, no por esto va á mostrarse áspero y desabrido, al verse turbado en su querida soledad por la visita de un huésped ; al contrario acoge con suma afabilidad á Antonio, á quien sin embargo no conoce. O santos ancianos, yo os contemplo puestos el uno en brazos del otro, trabando despues una conversacion la mas cordial y expansiva. No creo necesario advertir, que vuestra conversacion fué toda de Dios, pues acaso no sería comprendido. Pero quiero servirme de este ejemplo para

1. Vida de los Padres del Yermo 1<sup>er</sup> tomo, *ad initium*.

mostraros la santidad y de deferencia que deberían reinar en nuestras conversaciones. — ¡ Qué bueno es Dios ¡ decía S. Pablo, señalando á S. Antonio el cuervo, que acababa de llevarles un pan entero ; su Providencia ha duplicado hoy mis provisiones, para poder hospedarte como un digno amigo ; y como huesped que eres, dignate echar tu bendicion sobre este pan y pártelo entre los dos. ¡ Ah ! contestó S. Antonio, no me toca á mí hacer este oficio, sino á tí, que eres mi padre, ¿ y qué soy yo á tu lado ? Ruego, pues, que lo bendigas tú... Y prolongándose esta contienda de humildad y deferencia, habríais visto los dos santos resolverse á bendecir juntos y simultáneamente el pan y partírselo, tirando juntos de él y quedándose cada uno con su cacho.

¡ Cuan dulces serían, hermanos carísimos, las relaciones entre los cristianos, si reinase en ellas esa inocencia, esa deferencia, ese olvido de sí mismo que inspira la Caridad !...

Mas sobre todo seamos indulgentes en nuestro trato y en nuestras palabras. Todos tenemos necesidad de que se nos perdone, de que se nos disimule y se eche un velo sobre nuestros defectos, y cuando sabemos que, en nuestra ausencia, á pesar de nuestros defectos é imperfecciones, ha sostenido alguien nuestro honor y defendido nuestra reputacion, nos sentimos naturalmente inclinados á amarle. Pues bien, excusar á nuestro prójimo, defenderle en su ausencia, suavizar las correcciones que pueda merecer, ved ahí lo que debiéramos hacer en todas nuestras conversaciones, y lo que debiera producir en nosotros la Caridad con nuestros hermanos.

¡ Oh adorable Redentor de los hombres, en esta circunstancia como en todas las demás, vos habeis querido ser nuestro dechado perfectísimo !... ¡ Qué mansedumbre, qué indulgencia, qué inefable bondad en vuestro trato con los discípulos ! ¡ Con qué paciencia suportabais sus defectos ! ¡ Pobre Samaritana, pecadora como eres, El te espera, recostado en el pozo<sup>1</sup>, á donde vienes á sacar agua ! Su amor para contigo ha hecho, que sus Apóstoles se hallaran ausentes de esta entrevista, para poner á salvo tu honor y á

1. Joan. c. iv.

fin de mostrarnos cuan caritativos y benévolos debemos ser en nuestras conversaciones... Diré mas aun... ¡ Pobre mujer adúltera, los Fariseos te llevan en tropel ! ¿ Que va á ser de tí en presencia de la Santidad, de la Sabiduría encarnada<sup>1</sup>?... Sin duda que Jesús va á irritarse contra ella y hacerla las mas ásperas reprecensiones... En hecho de verdad, ella las tiene muy merecidas ; y sabemos, que el divino Salvador, á pesar de su bondad, está muy lejos de aprobar el vicio, sea cual fuere la forma bajo que se presente... Pero para mostrarnos la indulgencia, con que debemos tratar á nuestra prójimo en nuestras conversaciones, ¡ El ! la santidad por esencia, llegará hasta á disminuir en alguna manera el crimen de esa desventurada... Fariseos, vosotros sois el odio. Pero perdonadme, en esa circunstancia representais la justicia humana estrecha é impacable. Mas vos, ¡ oh dulce Jesús, sois la misericordia y el amor. Vos no diréis una sola palabra de vituperio contra esa pobre pecadora y nos enseñaréis á ser indulgentes en nuestras conversaciones aun con aquellas personas, cuyos defectos sean mas notorios y evidentes ! ¡ O dulce Caridad del prójimo, cuán cierto es, que eres una virtud preciosa, amable y genuinamente divina !...

*Segunda parte.* — Hermanos carísimos, la historia de esa pobre mujer adúltera me lleva naturalmente á hablaros del segundo pensamiento enunciado al principio de esta instruccion. He dicho, pues, que la Caridad del prójimo nos inspiraba la modestia y nos preservaba del orgullo y vanidad. ¿ Estais vosotros sin pecado ? dijo el amoroso Salvador á los Fariseos, que le presentaron aquella mujer. Si entre vosotros se halla alguno, que sea inocente, sea este tal el primero en echarla la piedra... Y esos viles orgullosos, que no tenían caridad con el prójimo y que quizás en el fondo del corazon eran mas culpables, que esa desventurada, sintieron cuan justa era esta expresion del Salvador. Así es que ellos, como dice el Evangelio, fueron desfilando, retirandose los unos despues de los otros, sin osar decir una sola palabra.

1. *Ibidem* viii, 3.

¿ Es que entendieron ellos que Jesucristo había querido enseñarles con eso, que era menester ser modesto y caritativo, en tratándose del prójimo?... No lo sé... Pero peor para ellos, si no sintieron la fuerza de este documento amoroso y enérgico de nuestro adorable Salvador... Respecto de Señor, ya sabéis que juicio pronunció... La pobre pecadora se sentía humillada y estaba postrada á los piés de Jesús que leía en su alma y veía su arrepentimiento... Y con aquella inefable dulzura que usó siempre, mientras estuvo en esta vida mortal, la dijo : Mujer ¿ nadie te ha condenado ? No, Señor, contestó ella. — Pues bien, tampoco te condenaré yo, véte en paz, y guárdate en adelante de pecar mas.

¡ Ah ! cuando se conoce bien el espíritu de nuestra santa religion ; cuando se considera las recompensas prometidas en el Evangelio á los que habrán amado á su prójimo, entonces vemos cuanto nos importa el ser modestos, el evitar el orgullo y vanidad, que nos inducen á despreciar al prójimo y á preferirnos á él. Entonces sentimos lo que somos y que nada valemos ante Dios, sino por las gracias que nos ha hecho ; uno se conoce á sí mismo y, si tiene una caridad ilustrada, muéstrase indulgente con los demás y procura humillarse á sí mismo... Un día eran conducidos al suplicio dos criminales, que habían cometido enormes maldades y numerosos crímenes. Latrocinios, asesinatos y que sé yo ; el pueblo los maldecía á su paso ; un hombre sin embargo los excusaba y rogaba por ellos ; era S. Francisco de Asís <sup>1</sup>. Padre, le dijo el hermano que le acompañaba, decid lo que querais ; considero imposible que os tengais por mas culpable, que esos infames. — Y el santo, lanzando un profundo suspiro, contestaba. En verdad os digo, que yo valgo menos ante Dios que esos pobres hombres que la justicia humana ha condenado. Si ellos hubiesen tenido las gracias que Dios me ha hecho, sin duda serían mas justos que yo ; las habrían aprovechado mejor ; y si Dios me hubiera colocado en las circunstancias, en que se han ellos encontrado, quizás hubiera llegado á hacerme mas culpable que esos desgraciados. Por lo de-

1. *In vita ejus.*

mas nuestras obras serán pesadas en la balanza de la justicia divina. — ¡ Cuánta modestia en un santo que, viviendo en este mundo, hacía ya milagros.

¿ Modestia ? ¡ Sí ! ¿ Caridad ? ¡ Mejor aun ! Hasta verdad, si quereis, y voy á demostrároslo. Hé aqui á S. Francisco Javier, quien ha curado muchos enfermos, resucitado muertos y obrado muchos prodigios, admirados de los mismos protestantes. Le interrogo, pues ; escuchad y ponderad bien su respuesta. — Padre mio, jamás se ha visto un misionero semejante á vos, pues vos habeis convertido reinos enteros y sois verdaderamente un santo... ¡ Yo, un santo !... ¡ Ah ! soy un puro nada y esta es la verdad. Despues por toda explicacion añadirá : Sí, soy un puro nada, y esta es la verdad. Todo viene de Dios ; El me ha dado al sér, me ha hecho lo que soy, y El es quien me ha dado la Fé y me la ha conservado y me da á cada instante las gracias, de que necesito, para no ofenderle. En todas esas obras que hago, en esos milagros que admirais, todo es de Dios y nada hay de mi parte... Tal vez por la conversion de un alma, que le es mas grata que la mía, que se muestra mas fiel á sus inspiraciones, me concede estos dones que os admiran... Sí, nuestro prójimo vale mas que nosotros, Dios le ama y quiere salvarlo ; humillémonos, pues, amemos á nuestros hermanos y adoremos los inescrutables designios de Dios <sup>1</sup>... Ved ahí cuales eran los sentimientos y cual el lenguaje de los santos.

Tengamos tambien nosotros, hermanos carisimos, esa Caridad, ese verdadero amor para con el prójimo. Pongámonos en el lugar mas bajo y tendrémos al menos este mérito. ¿ Qué importa ? Dios nos dará el lugar que hayamos merecido... Aquí viene muy á punto una de esas hermosas parábolas, bajo las cuales gustaba nuestro divino Salvador proponer sus documentos. ¿ Seria por la mañana, ó por la tarde?... No lo sé ; y poco importa la hora. El

1. Cartas de S. Franco. Javier, citadas por el P. *Saint-Jure*. Véase el libro *Connaissance et amour de Notre-Seigneur Jésus-Christ*. Hemos sacado mucho de esta excelente obra para nuestras instrucciones sobre la Caridad.

Evangelio nos dice, que nuestro Señor Jesucristo fué invitado á un banquete. El manso Jesús entra en la sala del festin. A El pertenecía el lugar mas distinguido, pero otro lo habia ocupado; y el Señor aprovechó esta circunstancia, y como Hijo de Dios que era, tenía derecho de hacerlo, para darnos á todos este documento. Cuando fueres invitado, dijo, no te pongas en el primer lugar; aguarda á que te llame á él el dueño de la casa, pónete siempre en el último sitio. Te verías cubierto de vergüenza, si te mandaban bajar, mientras que tendrías gloria, si te hiciesen subir. Porque os digo en verdad, el que se exalta será humillado y el que se humilla será exaltado. O Maestro divino, Hijo de Dios, bajado del cielo, no sólo para salvarnos, sino tambien para instruirnos, ¿ qué quereis decir con eso? — Que los unos no debeis preferiros á los otros, que el orgullo y vanidad encierran siempre con respecto al prójimo sentimientos mas ó menos velados de desprecio; sentimientos, que suelen destruir la union y concordia y esta hermosa virtud de la caridad para con los hermanos.

PERORACION. — Voy á terminar, hermanos carísimos, con un hecho histórico. El bienaventurado evangelista S. Juan había llegado á los últimos límites de la vejez. Sus discípulos le llevaban con pena entre sus brazos á las reuniones de los fieles en Efeso. Hallándose imposibilitado el santo, á causa de su avanzada edad, para pronunciar largos discursos, en cada una de dichas reuniones repetía siempre estas palabras: « Hijitos míos, amaos los unos á los otros... » Cansados, en fin, los discípulos y hermanos de oírle siempre la misma cosa, le dijeron: Maestro ¿ porqué nos repetis siempre la misma frase? Y él les dió esta respuesta, muy digna por cierto del Apóstol de la Caridad: « Porque es un precepto del Señor, y si lo observais, ésto basta<sup>1</sup>. » Sí, hermanos míos, tengamos Caridad para con nuestro prójimo, amémonos los unos á los otros como hermanos, como miembros de una misma familia, que tiene por cabeza á Jesucristo... Huyamos del orgullo y vanidad que en-

1. S. Jerónimo, citado por el abate Darras, *Histoire de l'Eglise*, tomo 7º pág. 512.

gendran con tanta frecuencia odios y divisiones; que nuestras conversaciones sean dulces, llenas de indulgencia, de caridad y condescendencia para con las personas que nos rodean, que nuestro amor para con el prójimo sea dilatado, profundo y generoso. Obrando de esta suerte, testificarémos á Dios mismo el respeto que le debemos; le tributarémos el culto que le es grato; cumpliremos el nuevo mandamiento dado por el divino Salvador y merecerémos lograr un día la gloria del Paraíso, mansion de eterna Caridad, en la cual todos los elegidos no formarán mas que un sólo corazón y un alma sola... Asi sea.

## DECIMA NONA INSTRUCCION.

### PRIMER MANDAMIENTO.

### DÉCIMA SEPTIMA INSTRUCCION.

VIRTUD DE SA RELIGION: CULTO EXTERIOR; 1º NECESIDAD;  
2º SU UTILIDAD.

TEXTO. — *Dominum* Deum tuum adorabis et illi soli servies. Adorarás al Señor tu Dios y á Él solo servirás.

(MATTH. C. IV. VER. 10.)

EXORDIO. — Al comenzar, hermanos míos, estas instrucciones sobre el primer mandamiento de la Ley de Dios, os dije que nosotros debíamos á este nuestro soberano Dueño un doble culto, una doble adoracion, el culto interior y el exterior... Hemo ya visto que el culto interior consistía principalmente en las virtudes de la Fé, Esperanza y Caridad, por cuyo ejercicio ofrecemos á Dios el homenaje de nuestras facultades interiores... Es innecesario repetir que la Fé es la adoracion de nuestro espíritu, sometiéndose á Dios como á Verdad suprema; que por medio de la Esperanza nuestro cora-